

ANGEL RAMA

LOS DIARIOS INTIMOS

Si las memorias, autobiografías y justificaciones históricas conforman uno de los géneros más nutridos de las letras hispanoamericanas, somos en cambio sobradamente parcos en materia de diarios íntimos. ¿Pudor, mojigatería, decoro, desdén del egotismo, pereza, falta de persistencia? Las explicaciones son múltiples y contradictorias, pues hay en nosotros dos actitudes opuestas: si por un lado nos place rehacer el pasado desde la perspectiva del tiempo transcurrido y corroborado, justificándonos frecuentemente y proporcionando clamorosas pruebas de nuestro acierto, parecemos temer en cambio ese registro cotidiano de la vida que puede tornarse una trampa que nos envuelva sin darnos cuenta.

Entre las excepciones a tal norma se cuentan dos escritores del período modernista que encabalgan el 1900, el cual fue uno de los que potenciaron el individualismo e hicieron de la edificación del yo público tarea central del artista, tal como lo patrocinó Oscar Wilde. Son ellos el venezolano Rufino Blanco Fombona y el mexicano Federico Gamboa, estrictos contemporáneos, pues uno vivió de 1874 a 1944 y el segundo de 1864 a 1939, aunque sus destinos fueron disímiles y no se cruzaron, no empecé los largos períodos que pasaron fuera de sus países por razones políticas o diplomáticas.

Desde que en 1889, a los veinticinco años, Federico Gamboa entra en el cuerpo diplomático, los avatares de "la carrera" lo llevarán por Centro América, Buenos Aires, Washington, España y Francia, participando de episodios capitales de la vida política latinoamericana, hasta alcanzar rango ministerial en el breve y ominoso régimen de Victoriano Huerta y caer junto con él, partiendo al exilio en Cuba durante cuatro años (de 1915 a 1919) para luego llevar en su patria una oscura vida de profesor, académico y periodista. Su obra literaria, la narrativa como la autobiográfica, corresponde a ese placentero período diplomático: en 1889 justamente publica su primer libro, *Del na-*

turno, iniciando la incorporación del naturalismo a las letras mexicanas que obtendría su formulación más plena al publicarse su novela *Santa* (1903) que fue junto a las novelas de Vargas Vila, el breviario del erotismo novecentista.

Mi Diario se inaugura el 7 de mayo de 1892 en Buenos Aires, donde ocupaba la secretaría de la Embajada de México, y los cinco tomos en que lo recogió, subtitulados "Mucho de mi vida y algo de la de otros" se escalonan entre 1908 y 1938, sin que lograran, como ocurrió con los de Blanco Fombona, la atención de los lectores. José Emilio Pacheco escribe: "Al morir Gamboa en 1939 se habían vendido ya más de sesenta mil ejemplares de *Santa*. En cambio, de los cinco tomos de *Mi diario* no se hicieron segundas ediciones. Nadie se arriesgó a recoger en libro las notas finales que únicamente aparecieron en *Excelsior* (1940-1 y 1960-1)".

Ese fue exactamente el destino que le cupo al diario de Rufino Blanco Fombona, cuya revaloración, incluso por encima de su producción poética y narrativa, inició Enrique Anderson Imbert, habiéndome correspondido ofrecer la primera reedición antológica (Monte Avila, 1975) de libros ya agotados y nunca republicados. Una tarea similar ha cumplido brillantemente el escritor mexicano José Emilio Pacheco, ofreciendo una notable selección del *Diario de Federico Gamboa 1892-1939* (Siglo XXI, 1977), la cual abarca aproximadamente el diez por ciento de la obra original y no sólo antologiza los cinco tomos publicados por el autor sino también las páginas únicamente publicadas en el diario *Excelsior*, las que cubren un extenso período, el más áspero de la vida del escritor: desde 1912 hasta unas semanas antes de su muerte en 1939.

Ambos Diarios son hijos del auge del género en la Francia del XIX, que ostensiblemente se tipificó en el *Journal* de los Hermanos Jules y Edmond Goncourt (primera entrega en 1867) y es a ese modelo que se pliega el de Federico Gamboa mucho más que el de Blanco Fombona que se aproxima cautelosamente al de Henri Frédéric Amiel (aparecido en 1884) por la atención que confiere a sus estados de ánimo y a las fluctuaciones de su vida espiritual. Gamboa, en cambio, era mexicano y diplomático, y además había adherido a la estética de la Escuela de Medan que preconizaba, con la observación de la realidad, el documentalismo. Es posible sospechar, como sugie-

re Pacheco, que el Diario ha sido concebido como una libreta de apuntes del natural, destinada a recoger material que sirviera a sus proyectos narrativos, pero pronto se comprueba que Gamboa lo desarrolla "como quien edifica el pedestal sobre el que se alzar  el monumento construido por sus novelas". En ambos autores el Diario será una parte no desdeñable de la "carrera de escritor", un instrumento de su engrandecimiento y una valla contra el olvido. Decir que en los dos casos el mayor interés que hoy tienen es su registro de la época, implica comprobar el fracaso del propósito egotista, aunque éste alcanzara mejores réditos en Blanco Fombona que en Gamboa. Este, como Rod  en su tiempo, queda preso de la estatua de escritor que quería proponer a las generaciones futuras, haciendo por anticipado la tarea que a ellas corresponde libremente.

Toda antología deriva de una opción que interpreta el conglomerado seleccionado. Pacheco detectó ese valor especular del Diario de Gamboa representado por su atención a los sucesos históricos y concedió el mayor espacio a los acontecimientos políticos a que se vio asociado: la embajada en Washington durante 1903 que le permite un irascible cómputo de sevicias y linchamientos de negros así como el beneplácito norteamericano por la forzada independencia de Panamá; los años de Guatemala con la dictadura de Estrada Cabrera (que tardíamente novelar  Asturias en *El Señor Presidente*) y los conflictos fronterizos que se resuelven sobre la cubierta de barcos yanquis; la ca da de Porfirio Díaz y el ascenso de Huerta, de quienes fue fiel servidor. Todo eso lo ve Gamboa desde una ideología que comparte con múltiples modernistas: es rabioso antimperialista y franco antiyanqui, pero aborrece de las elecciones democráticas, del igualitarismo y de los derechos del pueblo, sobre el cual opina como su maestro Le Bon. Refiriéndose a Madero, asesinado por Huerta, llega a afirmar que "es un demente lúcido. Padece de logorrea, ecolalia y fuga de ideas. Es un retrasado que pide a gritos, no oposición, no; hidroterapia, nada más que hidroterapia". En forma similar, si bien Blanco Fombona será, además de antimperialista, franco enemigo de Gómez, no dejar  de asumir el racismo y reclamar una inmigración que borre la mancha negra del país.

La otra línea rectora de la antología es la que atiende al escritor: son sus visitas en París a Zola y Goncourt, buen ejemplo

de la sumisión cultural del americano y de la olímpica indiferencia con que los maestros franceses contemplaban a esos lejanos consumidores de sus libros que venían a pedirles fotos autografiadas; son sus acopios de materiales "típicos" como la cruja sórdida de un penal; sus esperanzas de gloria y de fortuna, siempre frustradas a pesar del éxito de sus novelas; sus afectos y rencores por los colegas.

En cualquiera de estas líneas, detectamos en Gamboa esa grisura y apocamiento que signó también a su obra literaria. Es cierto que su percepción de la literatura y de los valores artísticos (siempre cautelosamente expresada) conserva vigencia hoy día; es evidente que su registro de la época hace del diario un documento de primer orden. Pero su comportamiento de neutral observador, la cobertura diplomática que hasta en la intimidad parecía revestir, esa rebaja de las efusiones del yo y de su interioridad que es lo que se espera encontrar en los diarios íntimos (y hace la vivacidad del de Rufino Blanco) agrisan su testimonio. La insignia de Zola que presidió su narrativa también rige al diario íntimo: "un rincón de la naturaleza visto a través de un temperamento". Pero el suyo no tenía el ímpetu y el brillo que en su tiempo distinguió a sus compañeras Manuel Gutiérrez Nájera o José Juan Tablada. Sin contar que, como otros muchos escritores del modernismo, creyó que la diplomacia (las "asesorías" de aquella época) daba solución a los problemas económicos del escritor para poder consagrarse más libremente a su obra, cuando en verdad desgastaba y mediocrizaba su "tesoro personal".

De la excelencia de esta edición de José Emilio Pacheco, da prueba la imagen persuasiva del escritor y de su tiempo que se desprende de un material drásticamente reducido, completado con eficaces resúmenes de los periodos suprimidos y de útiles informaciones históricas y literarias. Es una resurrección que nos permite asomarnos a ese drama no resuelto aún: el escritor latinoamericano y su realidad nacional y regional¹.

¹ *Diario de Federico Gamboa, 1892-1939*. México, Siglo XXI editores, 1977, pp. 279 Selección, prólogo y notas de José Emilio Pacheco.